

Albert Heinekamp y los últimos volúmenes de las obras de Leibniz

JAIME DE SALAS
(Universidad Complutense)

LEIBNIZ, G. W.—*Sämtliche Schriften und Briefe. Erste Reihe: Allgemeiner politischer und historischer Briefwechsel. Zwölfter und dreizehnter Band. November 1695-April 1697*. Editados por W. Bungies, A. Heinekamp, G. Utermöhlen y S. Sellschopp. Berlin, Akademie Verlag, 1990 y 1987, 870 y 835 pp. respectivamente.

El estudio de la figura de Leibniz durante nuestro siglo no sólo se caracteriza por la importancia de algunas de las grandes interpretaciones como las de Russell, Couturat, Baruzi, Serres, Mahnke y Heidegger entre otros, sino por el perfeccionamiento del instrumental necesario para hacer accesible una obra inmensa en su volumen, variada en sus intereses y que ya a comienzos de siglo había sido objeto de una larga historia editorial. Desde este punto de vista quizá mejor que ninguna otra ha reflejado la madurez del estudio académico de la historia de la filosofía en nuestro tiempo. Son varias las aportaciones fundamentales. Entre ellas podríamos citar el trabajo de Ravier de clasificación de las ediciones de Leibniz, por más que resulte ya a la hora actual un trabajo incompleto y anticuado, la importantísima bibliografía de obras sobre Leibniz de Müller, ya en su segunda edición a cargo de Albert Heinekamp, y finalmente el reciente trabajo sobre el vocabulario de Leibniz en la edición de escritos filosóficos de Gerhardt por Reinhard Finster y Graeme Hunter entre otros. Por todo ello creo que ciertamente en la hora actual ningún gran clásico de la historia de la filosofía, salvo posiblemente Hegel, cuenta con una atención análoga a la que se presta a Leibniz, sobre todo por los esfuerzos realizados en Hannover y en Münster.

Es notable que a pesar de la calidad de estas aportaciones instrumentales que comentamos y de la importancia de la atención académica a la obra de Leibniz los resultados a nivel de interpretación de la obra leibniziana no llegan a la altura de períodos más heroicos. Todo ello indica que el nivel de la investigación sobre un gran filósofo sólo depende parcialmente de los medios que se han perfeccionado, o incluso de que acudan multitudes de probos especialistas a los congresos internacionales que periódicamente se organizan en Hannover, sino remiten al nivel más general de la reflexión filosófica en nuestro tiempo. Sin embargo, en contrapartida, nuestro siglo, sobre todo el mundo académico alemán, podrá enorgullecerse de haber hecho accesible un Leibniz inconcebible en 1900.

Pero lo más importante ha sido la labor de edición realizada en nuestros tiempos. En este sentido Couturat y Grua, por sólo nombrar los editores más importantes de nuestro siglo, han hecho una notabilísima aportación al conocimiento de Leibniz. Pero en conjunto toda esta actividad instrumental encuentra su expresión más alta en la continuación de la edición de obras completas de la Academia de Berlín iniciada antes de la II guerra mundial en los últimos decenios. No es previsible que veamos la terminación de esta edición, pero ya son suficientes los volúmenes aparecidos como para que la investigación leibniziana esté decisivamente condicionada por ella.

Los dos volúmenes recientes de la correspondencia política de Leibniz cubren conjuntamente el periodo comprendido entre Noviembre 1695 y Abril 1697. De este año y

medio de la madurez de Leibniz se aportan 925 cartas de o a Leibniz en su calidad de funcionario de la corte ducal de Hannover. Aparte quedan la correspondencia científica y filosófica, así como los escritos políticos, filosóficos y científicos. Es inevitable que la multiplicidad de intereses del filósofo alemán impida que las distinciones convenientes para el trabajo de edición sean categóricas. En estas cartas encontramos interesantes referencias genéricas a su obra, como la poco conocida y expresiva autopresentación que hace a Etienne Chauvin. Al mismo tiempo que incluyen versiones corregidas de cartas clásicas como las enviadas a Thomas Burnett of Kemney o a la princesa Sofia.

Una vez más la correspondencia constituye un cauce fundamental para la formulación del pensamiento leibniziano. Ello determina que las cartas den paso frecuentemente a un tono informal y al planteamiento asistemático de las más variadas cuestiones —sobre todo en el caso de sus corresponsales más conocidos—. En términos generales este periodo de la actividad leibniziana está dominado por las secuelas de trabajos previos como la recopilación de tratados internacionales, el *Codex iuris gentium diplomaticus* aparecido en 1693, por preocupaciones específicamente políticas como el peligro que representa la política de Versalles, por su trabajo cotidiano como funcionario de la corte de Hannover, por la atención continuada a las cuestiones irónicas (muerto Cristóbal de Rojas el principal promotor del diálogo entre luteranos y católicos, va cobrando cada vez más importancia la cuestión de la reconciliación de luteranos y calvinistas) y finalmente por la curiosidad e interés apasionados por mantenerse al corriente de las novedades de la República de las letras y por adquirir nuevos conocimientos. En definitiva se trata de temas característicos de la madurez de Leibniz e importantes para situar sus posiciones con respecto a algunas de sus posiciones filosóficas más notables, como la característica, la doctrina perspectivista de la verdad, el problema de la libertad y la institucionalización del saber.

El esfuerzo de los editores se justifica no sólo por la importancia de la obra de Leibniz sino por la extraordinaria variedad de interlocutores y amplitud de sus lecturas. Así son aproximadamente 150 los corresponsales de Leibniz tan sólo en estos dos volúmenes y le escriben de aproximadamente 50 localidades distintas. Por otra parte se facilitan los datos de las 1087 obras mencionadas, muchas de ellas difíciles de encontrar a la hora actual. Con las precisiones que nos ofrece la edición es posible situar no sólo el texto de las cartas en su contexto explícito —es decir los trabajos de su autor o los trabajos que éste tiene presente cuando escribe— sino incluso percatarnos de la condición de su autor. Ello puede llegar a ser muy significativo para comprender pormenores del texto y ayudarnos a completar nuestra comprensión del mismo. De hecho la comprensión de la correspondencia se ve de hecho grandemente facilitada con consideraciones externas al texto de ella. Por ejemplo, un texto breve sobre la doctrina de la substancia resulta por un lado superficial y por otro fuera de lugar, pero la sorpresa se disipa cuando el editor le participa que va dirigido a Felipe Guillermo von Boineburg, futuro conde de Boineburg, del que Leibniz fue tutor y con quien viajó a París en 1672. O bien, a la luz del tono irónico que caracteriza tanto la obra leibniziana, puede sorprender el tono beligerante con que comenta a uno de sus interlocutores calvinistas que lo que le separa de él en materia religiosa es mucho menos de lo que les contraponen a ambos a la iglesia romana, pero esta sorpresa se atenúa cuando se nos participa que se trata del inicio de una discusión preparatoria para la reunificación de sendas iglesias protestantes.

En cualquier caso la obra de Leibniz exige de una manera más taxativa que otras que el análisis conceptual vaya acompañado de consideraciones de historia intelectual. Siempre se ha de encontrar la perspectiva desde la que un autor filosofa si se le pretende comprender. Pero ello es particularmente importante dada la complejidad de la vida intelectual de Leibniz. En el caso del filósofo alemán, su doctrina de la pers-

pectiva y un talante discursivo sin par, le llevan a una flexibilidad en las formulaciones tal, que esta tarea se vuelve mucho más urgente. Lo sorprendente es que dicha exigencia no se manifiesta a costa de la fe en la universalidad de la razón que anima en última instancia la historia de la filosofía, sino que, como saben los estudiosos de su obra, justamente se presenta como la expresión más elevada de ésta.

En conclusión, resulta muy importante contar con una edición de este tipo. En primer lugar supera la pluralidad de ediciones distintas existentes incluyendo lo editado hasta la fecha en una sola y fiable edición. Además las cartas nuevas tienen en muchos momentos interés para complementar las antiguas, permitiendo una imagen más completa de la actividad del filósofo. Pero, como hemos dicho, en lo que estos volúmenes recientes de la correspondencia diplomática y política resultan realmente ejemplares e insustituibles es en la calidad del trabajo de los editores en la fijación del texto y de sus variantes, en la aclaración de las referencias a obras y personas que realiza Leibniz, y en la confección de índices temáticos e introducciones que tanto facilitan la tarea del estudioso. Quedan, pues, como un monumento del trabajo académico de nuestro tiempo.

Poco antes de recibir las pruebas de la presente reseña, llegó a su autor la noticia del fallecimiento de Albert Heinekamp, uno de los editores de los volúmenes que se comentan y además el máximo responsable de la edición a la que pertenecen. En los últimos años dicha edición había ganado mucho con respecto a los primeros volúmenes en lo que respecta a la sofisticación del aparato crítico y la información ofrecida al lector, mérito que se debe en gran medida a la paciente y sabia atención que Heinekamp le prestó. Es cierto que el trabajo de este orden es el resultado de una actividad colectiva, pero no por ello pierde importancia la tarea de su dirección.

A ello deberíamos añadir muchas de las actividades que Heinekamp desde su posición promovió y apoyó, como los Studia Leibnitiana y los congresos internacionales de estudios leibnizianos. Por otra parte Heinekamp contribuyó grandemente a hacer del Leibniz-Archiv una institución que ha acogido y apoyado a cuantos estudiosos de Leibniz nos hemos acercado a ella. Allí hemos encontrado siempre todo lo que el interesado por Leibniz podría necesitar para sus investigaciones en un grado que difícilmente se repite.

En definitiva Heinekamp vino a representar las mejores virtudes de la tradición académica a la que pertenecía: La dedicación incansable a su tarea, la probidad y el rigor en la investigación, y la voluntad de mantener abierta la institución que dirigía a cuantos se dedicaran a los estudios leibnizianos. Por ello su inesperada muerte cierra inevitablemente un periodo de los estudios leibnizianos.